

HISTORIAS

Seis historias breves

1. De un poeta

Un poeta se inclina sobre sus poemas: ha hecho veinte. Pasa una página tras otra y descubre que cada poema despierta en él un sentimiento muy particular. Se devana penosamente los sesos tratando de averiguar qué es lo que planea por encima o en torno a sus poesías. Presiona, mas no sale nada, golpea, mas no logra sacar nada, tira, pero todo sigue tal cual, es decir, oscuro. Se apoya sobre el libro abierto entre sus brazos cruzados y rompe a llorar. Yo, en cambio, el pícaro autor, me inclino ahora sobre su obra y descubro con infinita indeliberación en qué consiste el problema. Se trata simple y llanamente de veinte poemas, uno de los cuales es sencillo, otro pomposo, otro mágico, otro aburrido, otro conmovedor, otro delicioso, otro infantil, otro muy malo, otro bestial, otro inhibido, otro ilícito, otro incomprensible, otro repugnante, otro encantador, otro comedido, otro extraordinario, otro esmerado, otro abyecto, otro pobre, otro inefable y otro que ya no puede ser nada más, porque sólo son veinte poemas distintos que en mi boca han encontrado una valoración, si no precisamente justa, al menos rápida, lo que para mí supone siempre

el mínimo esfuerzo. Una cosa es, sin embargo, segura: el poeta que los escribió aún sigue llorando, inclinado sobre el libro; el sol brilla encima de él; y mi risa es el viento que corre impetuoso y frío entre sus cabellos.

2. Laúd

En el laúd toco recuerdos. Es un instrumento insignificante, con un sonido que es siempre uno y el mismo. Es un sonido unas veces largo, otras breve, otras remolón, otras ligero. Respira pausadamente, o bien se supera a sí mismo dando un presuroso brinco. Es triste y alegre. Lo único extraño es que cuando suena melancólico, me hace reír, y cuando es alegre y salta, no puedo evitar el llanto. ¿Ha habido alguna vez un sonido semejante? ¿Alguna vez se ha tocado instrumento tan extraño? Apenas se lo puede coger en la mano; las manos, aun las más suaves y delicadamente formadas, son demasiado toscas para hacerlo. Tiene cuerdas de una figura y tenuidad inefables. En comparación, los cabellos son cabestros. Hay un chiquillo que sabe tocarlo; y yo, que tengo tiempo para tumbarme con el oído atento, me pongo a escucharlo. Toca día y noche, sin pensar en comer ni beber, hasta muy entrada la noche y en pleno día. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El tiempo, para él, no tiene otra misión que la de pasar rozándolo como un sonido. Y así como yo lo escucho tocar, él, cuando toca, escucha todo el tiempo a su amada, el sonido de su instrumento. Jamás enamorado alguno ha escuchado con tanta fidelidad, con tanta constancia. Qué dulce es prestar oído al que es todo oídos, observar al enamorado, sentir al olvidado junto a uno mismo. El chiquillo es el artista; el recuerdo, su instrumento; la noche, su espacio; el sueño, su tiempo; y los sonidos a los que da vida son sus solícitos criados, que hablan de él a los ávidos oídos del mundo. Yo soy sólo oído, un oído indeciblemente emocionado.

3. Piano

No sé cómo se llama el muchacho que tiene la suerte de tomar clases de piano con una maestra tan bella y majestuosa. En este momento está estudiando ejercicios de velocidad en las teclas, guiado por las manos más bellas del mundo. Las manos de la dama se deslizan sobre el teclado como cisnes blancos por el agua oscura. Expresan ya con suma gracia algo que los labios dirán luego. El muchacho está envuelto en una distraída vagarosidad que la maestra parece no querer advertir. «Toque esto»; pero él lo toca indescribiblemente mal. «Vuelva a tocarlo»; pero él lo toca incluso peor que antes. Pues nada, debe volver a tocarlo; pero lo toca mal. «Es usted un perezoso.» Aquel a quien dicen esto rompe a llorar. Y la que se lo dice sonrío. Tiene la cabeza apoyada en el piano el que debe oír estas palabras. Y ella le acaricia los suaves cabellos castaños, la que ha debido decirselas. Y el muchacho, que bajo las caricias despierta de su vergüenza, besa entonces la tierna mano, blanca y muy distinguida. Y la dama le rodea el cuello con sus espléndidos brazos que, suavísimos, son las tenazas adecuadas para un abrazo. Y ella se deja besar y los labios del querido muchacho sucumben a un beso de la amable dama. Y las rodillas del besado no encuentran nada más urgente que hacer que derrumbarse como briznas de hierba rendidas, y los brazos del arrodillado nada más sencillo que abrazar, a su vez, las rodillas de la dama. También éstas tambaléanse y los dos, la bondadosa y bella señora y el jovenzuelo pobre y sencillo, son ahora un solo abrazo, un beso, un derrumbarse, una lágrima... y, lo que es más: una inesperada y terrible sorpresa para alguien que en aquel momento abre la puerta de la habitación, poniendo fin tanto a la dulzura del olvidadizo amor de ambos como al relato del mismo.